

»Este es un medio sutil  
 »De pintar el diccionario  
 »Del lenguaje tabernario,  
 »Y que dirá (sin desdoro)  
 »De la decencia y decoro  
 »Cuál es tu idioma ordinario.  
 »Ponga a otro lado el Pintor  
 »Aquel bordado uniforme,  
 »Coy que estabas tan conforme  
 »En tiempo del Dictador.  
 »Y de todo alrededor,  
 »En campo color de hormiga,  
 »Un gran lema que así diga:  
 »*Fué el Delfín, el que en un tris,*  
 »*Mató a la Iglesia matriz...*  
 »Anda, «Juan»; Dios te bendiga.»  
 Calló Comonfort augusto,  
 Y con su bigote espeso,  
 Imprimió un áspero beso  
 De Baz al pálido busto;  
 Un grito se oyó de susto,  
 O, más bien, un retintín  
 Como de agudo flautín:  
 —¡Que viva su Majestad!  
 —¡Que viva la libertad!  
 Dijo Nacho y el Delfín.  
 Comonfort con mansedumbre  
 A Baz tomó de una oreja,  
 Y asomándolo a la reja,  
 Así habló, desde la cumbre,  
 a la absorta muchedumbre:  
 «Aquí tienes, pueblo amado,  
 »Del reino al *Adelantado*.  
 »Venid contemplando un tanto  
 »Al *duque del Jueves Santo*.  
 »¿Con él seréis desgraciado?»  
 . . . . .  
 Y el que ha tenido la gloria  
 De poner fin a esta historia,  
 Aunque a alguien parezca ripio,  
 Concluye como al principio.  
 Desengañaos, mexicanos;  
 Los demás son cuentos vanos:  
 Bajo este sistema ruin  
 En que no impera la ley,  
 Comonfort no es más que Rey  
 Y Baz es sólo un Delfín.

EL CRONISTA DE LOS REYES

Estos versos son del señor Aguilar y Marocho, fundador de la «Voz de México», escritor distinguidísimo, que jamás descendió de su altura al pestilente fango de la diatriba periodística.

El gobernador Juan José Baz, aludido en la composición, mandó hacer ediciones que se repartieron profusamente. De esta manera perdieron los versos su sabor clandestino.

## IX

Los estudiantes, sin sombrero y las levitas hechas jirones, se escapaban de entre la multitud, como Don Quijote, después de la paliza de los yangüeses.

Se entraron a la primera cantina que vieron abierta, y «Juan Gallinazo», tirándose en una silla, gritó:

—¡Malditas viejas, nos han repicado la «matraca» del Jueves Santo! Con el jineteo de la jamona me va a dar peritonitis.

## CAPITULO X

### LA MADRE Y EL HIJO

#### I

En la ciudad de Puebla se reproducía la misma escena, porque se tenía concertado un movimiento simultáneo, que precipitaría la acción revolucionaria.

Pero en aquella ciudad el gobernador fué más enérgico: sacó de la Catedral al obispo y a los canónigos, los puso entre filas y los llevó presos.

Cosa verdaderamente rara, el pueblo que se arrodillaba en la plaza para recibir la bendición, daba «vivas» al Presidente y a las autoridades.

La república seguía desconcertada; Mframón y Osollo, que ya eran los que capitaneaban la reacción, se movían de una manera vertiginosa; el primero se había fugado de la cárcel y hacía intenciones de un valor desesperado.

Osollo logró reunir gente y fué derrotado en la Magdalena, donde le amputaron un brazo; allí juró abandonar una causa tan desprestigiada, pero no lo cumplió.

Con motivo del destierro del obispo y la ocupación de los bienes de la diócesis, se armó otra revuelta en que se apoderaron de Puebla; pero pocos en número, tuvieron que capitular después de un corto asedio.

Orihuela, que había encabezado el movimiento, cayó en poder del general Pueblita, que lo mandó fusilar desde luego.

Sucesos en la frontera, dificultades en el interior, disturbios en el centro, complicaciones en el extranjero, acumulaban

sombras en el cerebro de Comonfort y lo convencían de su impotencia.

Se necesitaba un genio que se pusiera por encima de aquellas tempestades.

## II

La anciana madre del general Comonfort era el ídolo, el primero y el último amor de aquel hombre tan valiente en los combates y tan tímido en la política.

La señora estaba espantada con aquella situación y temía por su hijo, cuya cabeza amenazaba el rayo.

Al lado de aquella señora estaba un clérigo que había dejado el traje talar, cambiándolo por el de un hombre de campo.

Estaba perseguido; era el Padre Miranda.

La señora lo vió con respeto.

Como el sacerdote parecía hundido en serias cavilaciones, la señora le preguntó:

—¿Qué piensa usted, señor?

—Pienso que estamos al borde de un abismo y que es necesario salvar a la nación de una catástrofe; Dios nos está poniendo a prueba.

—¿Y qué hacer?

—¡Señora, el último esfuerzo, y el cielo lo confía a usted; es la única!

—¿Yo?

—Sí, y me va usted a oír con atención.

—Ya escucho, Padre.

—Vuestro hijo, señora, entró a ciegas en la revolución, sin saber sus tendencias; creyó que se trataba de derrocar una tiranía y restablecer el orden y la libertad, sin sospechar siquiera el desborde criminal de las ideas.

—Es verdad, es verdad—dijo la señora.

El Padre Miranda continuó:

—La revolución francesa comenzó por la Asamblea y acabó por la Convención; nadie había supuesto aquel cúmulo de horrores.

Ya estamos sobre ese camino, yo no me hago ilusiones, señora; apenas estamos en el principio.

La señora estaba asustada.

—¡Esa constitución anatematizada por el Papa y por toda la Iglesia, esas leyes atentatorias y ladronas, digámoslo de una vez, han despertado la rapacidad de las turbas especuladoras que se lanzan a un Monte Parnaso de trescientos millones, que significan el sudor de nuestros padres y el sentimiento hondamente católico de tres generaciones!

¡Y esa violación está autorizada por un católico!

—¡Dios mío!—exclamó la señora.

El clérigo continuó:

—Ya nos conformáramos con que aquí se detuviera esa torrente; ¡ha de llegar día en que, como los antiguos cristianos, tengamos que ocultar y esconder a nuestros dioses, que ayer se adoraban a la luz del sol y bajo la cúpula del cielo, y mañana los arrinconaremos en nuestros templos, si acaso los dejan en pie!

—¡Esto es horrible!—exclamó la señora.

—Sí, horrible—repitió el clérigo.

La Iglesia dominadora, o más bien, salvadora durante cuatro siglos, es arrojada del seno de la autoridad pública; quedará como cualquier asociación, como algo que estorba y es preciso aniquilar.

—¡Pero eso no puede ser!

—Ya va pudiendo, señora; conocemos todo el programa liberal.

Mañana, señora, el protestantismo alzaré sus templos y sus ídolos y nos codearemos con los luteranos, que nos verán con sonrisa burlona, cuando han temblado a la llama de nuestras hogueras, porque la Iglesia ha hecho bien en extirparlos; no ha querido que se corrompan las generaciones, y ha impuesto, como debe ser, única, sola, sin rival, la fe católica.

—Así, así—repetía la señora.

El clérigo continuó:

—¡Pero la revolución nos ha invadido, arrojando otros ideales en el cerebro del pueblo, torciendo su espíritu, empujándolo a la perdición!...

¡Han comenzado por negar el Infierno y concluirán por desconocer a Dios!...

—No, no; eso es imposible.

—Señora, la fiebre de los pueblos no tiene lógica, va siempre a las fronteras de lo desconocido.

—¿Qué haremos sin Dios y sin altar?

—Nosotros, los ministros del Altísimo, hemos cumplido con nuestro deber, anatematizando todo desde el púlpito, levantando el espíritu decaído de los creyentes, robusteciendo su fe, lanzándolos a la Guerra Santa para defender su Dios, su religión y sus creencias, alzando armas como los luchadores antiguos, lanzándolos a los combates de la fe, donde deben derramar su sangre todos los que amen a la Divinidad ultrajada... ¡Pero Dios no ha premiado nuestros esfuerzos y el infierno prevalece!

—¡Estoy atemorizada!—exclamó la señora.

—¡Sí—continuó el clérigo—, por todas partes se ha levantado el vapor de la sangre; los campos están inundados, y, no obstante, nuestros enemigos imperan!

Entró en silencio el clérigo, y después de un largo rato se levantó, y dirigiendo a la señora una de esas miradas magnetizadoras y sugestivas, le tomó la mano, y, acercándose, le dijo:

—¡Pero yo tengo una inspiración del cielo, una idea que

bulle en mi cerebro, que lo recorre como una serpiente de fuego y que acabará por aniquilarme!... Es el último, el supremo esfuerzo para salvarnos de esta situación.

—¡Hable usted, por Dios!

—El Señor se ha valido siempre de la mujer, para subyugar al hombre y nunca han sido infructuosas esas tentativas; ahí están los ejemplos del Viejo Testamento... Pues bien; tú, católica, hija de Dios, empapada en las creencias religiosas, entusiasta por la fe que heredaste de tus abuelos y que han consagrado generaciones de creyentes, estás destinada por Dios para salvarnos.

—¿Yo?—preguntó con ansiedad la señora.

—¡Sí, tú; y yo, ministro de Jesucristo, parado frente al altar de nuestras creencias, te lo ordeno!

La anciana se arrodilló y clavó su mirada suplicante en las chispeantes pupilas de aquel hombre.

—Es necesario que le hables a tu hijo, con esa luz que arroja Dios sobre la inteligencia de los humanos, cuando salen a la defensa de una santa causa.

—Bien, bien; lo haré; ¿pero qué voy a decirle?

—Pues le vas a decir que su alma está en peligro, que primero es la salvación que las glorias efímeras del mundo, que está despedazando la religión, hundiendo el país en un abismo... Que es necesario que retroceda, y, de una vez para todas, y como una ofrenda a la Divinidad, desgaje en jirones esa Constitución y la quemee en los altares de la fe.

La señora sepultó la cabeza entre las manos.

—¡Le dirás que si rehusa, que borre tu nombre de su corazón, que lo desconoces y que lo maldices!

—¡No, no; eso no!—gritó la anciana.

—¡Pues lo vas a hacer—gritó el clérigo—; porque tu alma se está meciendo entre el cielo y el abismo: o la luz de una gloria resplandeciente, o los siniestros reflejos del infierno!

La señora cayó anonadada.

—¡Levanta!—le dijo el clérigo alzándola—¡En tu mano está la salvación, Dios está contigo, El te ayuda y el mundo católico te llenará de bendiciones!

Levantóse la anciana con esa fe de las inspiradas, y exclamó:

—¡Lo haré!

—¡Dios te bendiga!—exclamó el clérigo.

Y posando su mano sobre la cabeza de la anciana, murmuró algunas palabras y salió del aposento.

### III

El Presidente había tenido un despacho muy laborioso. A las nueve dejó los papeles, dió unos paseos por el salón y después se embozó en la capa, bajó pausadamente la escalera, se entró en el carruaje y se dirigió al callejón de la Alcaicería, habitación de su anciana madre.

Entró respetuosamente como siempre, le besó la frente y se sentó a su lado.

—¡Qué tarde has venido, hijo! Ya me tenías con cuidado, porque hace tiempo que no vivo, estoy en una continua angustia.

—¡Qué vamos a hacer!—dijo tristemente Comonfort—Mañana se instala el primer Congreso constitucional; he estado preparando el discurso.

—Otra dificultad más—dijo la señora.

—El pueblo acaba de nombrarme Presidente de la República, y tengo que sostener y afrontar esta situación.

—Hijo—exclamó la señora—, es necesario que despiertes, esa atmósfera te tiene envenenada la sangre y turbado el espíritu.

Comonfort miró con extrañeza a la anciana.

—Te extraña que yo hable, porque siempre he guardado silencio; pero lo quebranto al fin, y te ruego que me escuches.

Comonfort se quedó sombrío, porque la voz de su madre retemblaba en lo más hondo de su corazón.

La anciana tomó entre sus manos las de su hijo.

—Tu situación es imposible... Todos los días te despiertas con la noticia de una nueva sublevación, y tienes que derramar sangre, sangre mexicana, de un pueblo inocente que ve en peligro la religión que ama.

—Pero eso no es cierto.

—Sí, hijo mío. Esos templos derribados, esos sacerdotes en las cárceles, esos obispos en el destierro.

—Pero si ellos se rebelan, ellos atentan contra las instituciones, ellos excitan al motín y a la revuelta, y yo no quiero cruzarme de brazos, ni entregar al país a la revolución, ni a mis partidarios a la muerte.

—Bien, ¿pero qué motiva todo esto? Se han arrebatado a la Iglesia sus preeminencias, sus bienes, sus fueros; la han humillado y es el rey de burlas de esta época nefanda.

—No, eso no es verdad; la nación impera sobre todo, dejando la libertad como elemento de conservación.

—Pero la Iglesia, que tiene encadenado al espíritu, siempre ayuda a los que manda, moraliza, aconseja la obediencia y la sumisión, y el que se declara adverso a ella, tiene que perderse.

Comonfort no respondió.

—¡Aquí, sobre mis rodillas, te enseñé a pronunciar el nombre de Dios!... Yo empapé tu cabeza con las aguas bautismales y los óleos ungieron tus cabellos; yo te llevé al pie del altar y la hostia consagrada llegó a tus labios llevando el perfume de la fe católica... ¡Tú has sido creyente y lo sigues siendo todavía!... ¿Por qué, entonces, derribar lo que has adorado y quemar en la llama de la impiedad tus creencias sagradas?

— ¡Eso nunca!—respondió Comonfort.

— Y, sin embargo—continuó la anciana—, tú has «jurado» defender esos principios heréticos, y tú al frente de ese movimiento anticristiano, te ostentas como el primer enemigo de nuestra fe... Despierta, mira a la nación entera en tu contra, y de ese pequeño grupo que te rodea, tiende la vista en derredor, y ¿qué encuentras? ¡Hostilidad profunda, protestas constantes, malevolencias, rencores y promesas de muerte para el porvenir!

— ¡Mis compromisos con la revolución, madre, mis juramentos, la sangre derramada!

— ¿Cómo serán tus sueños, o más bien, tus pesadillas, hijo mío?... Tú has entrado vencedor; pero si fueras entre los pavores de la noche, y metiendo los pies en los charcos de sangre que cubren esos campos de batalla, y les preguntaras a los muertos, les interrogaras por el motivo de sus luchas y de sus combates, te hablarían por los labios abiertos de sus heridas, y te dirán: Nacimos cristianos, esa fe ha formado nuestra ilusión, en sus altares hemos consagrado nuestra unión, para formar la dicha de nuestros hogares; en sus aras hemos depositado a nuestros hijos, para que recibieran la bendición del cielo, y la cruz se clava sobre nuestros sepulcros, marcando el paso a una existencia más feliz y más duradera... ¡Todo eso lo vemos hollado, escarnecido, todo está en ruinas y hemos muerto entre sus escombros!

— ¡Y yo les respondería—gritó Comonfort—: Habéis querido detener la marcha de la humanidad, os habéis puesto frente a la civilización, queríais que el país viviera en los antros, y el progreso os ha aniquilado!

— ¡Dios mío!—exclamó la anciana— ¡No es éste el hijo que he llevado en mis entrañas!

— ¡Pero, madre!—gritó Comonfort— Yo tengo limpia mi conciencia.

— ¡No es verdad!—replicó la anciana— Tú sabes que luchas contra el torrente que naufragas, que te hundes, y sin embargo, sigues obstinado, sabiendo que todo este edificio levantado sobre espuma, tiene que derrumbarse.

— Caeré con él, madre; estoy decidido.

#### IV

Levantóse la señora e irguiéndose como una pitonisa, con un acento majestuoso y vibrante, dijo a Comonfort, que estaba espantado ante aquella actitud:

— Prósigue en esa carrera de sangre y de obcecaciones, revuelca tu corazón en el cieno de la impiedad, transfórmate en monstruo, mata, devora, aniquila. ¡Ya eres Presidente de la República!... ¡Tienes un ejército que te sigue y que te traicionará mañana; te rodean hombres que te abandonarán

en el peligro, mientras que allá rugen las iras de un pueblo que te amenaza!...

¡Sigue, sacude tu melena como un león de las selvas, tiende tus garras sobre todo lo que has respetado, maldice tus creencias, reniega de tu sangre, escarba el sepulcro de tu padre que te hizo católico y esparce al viento sus cenizas y rompe sus huesos!... ¡La civilización te lo manda, el progreso te lo ordena!

— ¡Madre! ¡Madre!—gritó Comonfort.

— Retira esa palabra de tus labios, porque te está quemando: no, yo no soy tu madre, soy un despojo vil de la existencia, cuajado en lágrimas, húmedo con el llanto de los recuerdos.

Comonfort se arrodilló, tomó una mano de la anciana y lloró.

— ¡Hijo mío!—gritó ésta— ¡Aquí, sobre mi corazón! ¡Hijo, hijo mío!—añadió luego, con inmensa dulzura— ¡Tengo miedo por ti, más que el que sentía cuando luchabas en las montañas; entonces, tenía fe..., pero ahora, me parece que se va a consumir un atentado, que va a haber una catástrofe, y me muero si a ti te tocan!... ¡Ten compasión de esta mujer, aunque sea nada más porque ya es vieja!

— ¡Madre, madre—murmuraba Comonfort—, todo por ti!

— ¡Gracias, Dios mío!

Si ese pueblo está frenético, si arroja a su voracidad esa constitución que aborrece, déjale hacer presa, que si como tú dices, es buena, ese pueblo se arrepentirá mañana; ya bastante te has sacrificado; si te paga con ingratitud, desprécialo, déjalo hundido en su miseria, que él te llamará. ¿Encuentras un peligro en el dominio de la Iglesia? Pues deja que caiga esa amenaza sobre la nación; no es tiempo todavía; es mucho, mucho para el primer momento.

— Está bien, madre, tienes razón, no es tiempo todavía.

— Todo lo encomiendo a tu cariño.

— Madre, sabré cumplir; pero sólo te exijo un juramento.

— ¿Cuál?

— El del silencio.

— Ni a mi confesor—dijo la anciana, y besando otra vez la frente de su hijo, le dió un adiós con toda su ternura.

Comonfort salió de allí murmurando:

— La voz de mi madre es la de la verdad. «No es tiempo todavía.»

Los afectos platónicos de aquel hombre iban a hundir a la República en un mar de sangre.

No podía detener el curso del progreso, iba huyendo de un peligro y se arrojaba sin nombre y sin fama en el seno de una tempestad.

¡Pequeñez del ser humano, la ternura de un hijo precipitando en el abismo a una nación!